

# Magdalena.

---

A IGNACIO M. ALTAMIRANO.

## I.

### En la Alameda.

Las auras del otoño enviaban sus primeros soplos, y las hojas de los corpulentos fresnos de la Alameda comenzaban á entapizar sus calles. La Alameda es uno de los sitios mas encantadores de la coqueta del Anáhuac; no podemos explicarnos ese injustificable abandono en que las hermosas lo tienen, y á fé que desearíamos volviere la antigua costumbre de frecuentarlo. A la sombra de sus añosos árboles, oyendo mur-

murar sus fuentes á cuyas orillas crecen las violetas que ocultas en sus hojas nos envian su perfume delicioso, las horas vuelan sin sentir, y el alma evoca sus mas caros recuerdos.

Era la mañana del 2 de Octubre d 1868; el cielo estaba un tanto sombrío, y la banda del batallon de Zapadores tocaba la *Caida de las hojas* de Lamotte, en el centro de la Alameda.

¿Recordais lo que es la *Caida de las hojas*? Es, como dijo muy bien en cierta ocasion Nacho Altamirano, una redowa que solo los estúpidos son capaces de bailar, y que mas parece un desahogo del corazon enterrecido de Lamotte, un soliloquio del alma que solloza y que lamenta sus esperanzas perdidas y sus dolores que nadie comprende.

Léjos de nuestro hogar, en una mañana triste del otoño, y oyendo las divinas notas de esa concepcion de Lamotte, figuráos cuál seria el estado de nuestro corazon.

Recostados en un banco de piedra, en una

de las calles mas solitarias de la Alameda, veíamos desde léjos cruzar á las hermosas y elegantes mexicanas que entonces lo frecuentaban, cuando vino á distraernos de las ideas tristes que nos habia inspirado la preciosa redowa cuyos últimas notas acabábamos de oir, y que nos parecia continuar resonando en nuestro oido, la presencia de un amigo.

Muy pocas palabras nos habiamos cambiado aún, cuando el ruido que formaban con sus trages dos peregrinas damas, llamó nuestra atencion. Apartándose de los puntos mas concurridos de la Alameda, parecia que buscaban la soledad de sus calles, para poder hablar sin recelo. ¿Cuándo se juntan dos mujeres en la primavera de la vida, sin hacerse mútuas confidencias? Además, el semblante animado por la conversacion, de una de ellas, y la atencion de la que escuchaba, indicaban que algo las preocupaba en aquellos momentos.

—¿Qué interesante está Magdalena! exclamó nuestro amigo. La palidez encantadora de su rostro, la mirada triste de sus ojos ne-

gros, y la expresion angelical de su semblante, la hacen cada vez mas bella y seductora. Esa jóven, amigo mio, que se apoya en el brazo de su compañera, y que parece una azucena marchita al soplo del dolor, es.....

—La que vd. ama, ¿verdad? interrumpimos.

—Pero que se está muriendo por otro, que es un amigo á quien, sin embargo, no quisiera haber encontrado en mi camino.

Un gracioso saludo de la jóven que acompañaba á Magdalena, interrumpió esta triste confesion. Aquel saludo revelaba una simpatía íntima, que en vano queria ocultar la jóven; pero saludo que apenas fué correspondido por nuestro amigo Arturo, que contemplaba enagenado á Magdalena, y para quien nada habia fuera de la mujer que amaba. Preciso es confesar que ella era encantadora como una hada, y que el sufrimiento que revelaba su semblante la hacia mas y mas seductora, pudiendo compararse-la á aquellos lirios que en vano acaricia en la tarde la brisa de la ribera, porque los

ardientes rayos del sol del medio dia los han marchitado.

Queriendo sacar á Arturo de su éxtasis, le preguntamos:

—Y esa hermosa que la acompaña, en cuyos lábios se ha dibujado una sonrisa al ver á vd., y cuyos ojos han brillado de una manera tan significativa, ¿quién es? ¿Por qué con tanta frialdad ha correspondido vd. á su saludo?

—Se llama Amparo; es una amiga íntima de Magdalena, la acompaña á todas partes, y dizque no puede vivir la una sin la otra, repuso friamente Arturo.

—Aquí debe existir una historia sumamente interesante; vd. no debe ignorarla, y yo le agradecería infinito me la refiriese. Crea vd. que me haría un positivo servicio, pues mi curiosidad se halla empeñada vivamente ya.

—Voy á complacer à vd. Mi corazon necesita desahogar sus sentimientos, y esto es consolador. Usted, si tambien ha sufrido alguna vez, sabrá cuán horrible es amar sin

esperanza, y ver caer una á una nuestras ilusiones, como caen esas hojas que se desprenden de los fresnos á cuya sombra estamos.

Lo que Arturo nos refirió en la Alameda, aquella mañana de Octubre de 1868, forma la mayor parte de esta leyenda, cuya conclusion no hubiéramos podido escribir, si nuevamente no hubiéramos tenido ocasion de conversar con nuestro amigo.

II.

Las dos amigas.

Apostaria á que esos dos jóvenes que hace algun tiempo nos siguen á todas partes y frecuentan tanto esta calle, pretenden tener una aventura con nosotras.

—Tal vez, Magdalena; pero no atino cuál será la eleccion de cada uno de ellos.

—Mira, Amparo; yo creo que aquel que en este momento detiene á uno que pasa para pedirle la lumbre, te dirige sus miradas, y el otro á mí las tuyas. Mas á decirte verdad, creo que el primero me interesa mas de lo que yo podia haberme imaginado. Ya vez que te hablo sin reserva: dime ahora tú lo que sientes.

—No hemos pensado de un mismo modo en esta ocasion. A tí es á quien prefiere el que crees se fija en mí, y así el otro por el contrario; pero Magdalena, perdóname si te digo que aun mas que á tí, me interesa el mismo que ha llamado tu atencion.

—No será motivo de enojo entre nosotras. El tiempo aclarará nuestras dudas, y, sea lo que fuere, nuestra amistad será siempre la misma.

—¿Quiénes serán? ¿Cuáles son sus antecedentes, qué proyectos abrigarán? Yo jamás recuerdo haberles visto antes. Hace un mes que les hallamos en las *cadena*s, al salir de Catedral, y esto es todo. Nadie ha podido darme razon de ellos.

—Esa idea me desconsuela; serán acaso dos infelices que nada poseen y que no tienen representacion alguna en nuestra sociedad, que es tan exigente; de manera que caeríamos en un ridículo espantoso, si llegáramos á contraer relaciones con nuestros desconocidos.

—Escucha, Magdalena; pienso que esos

dos jóvenes han de llegar á influir demasiado en nuestra vida. Tengo un secreto presentimiento que me lo dice.

—Muy fácil es olvidar, cuando aun no se ha encendido en nuestro pecho esa llama que todo lo consume. Conviene, pues, que averigüemos lo necesario acerca de ambos; y si sus circunstancias les alejan de nosotras, no volveremos á pensar mas en ellos.

—¡Temo mucho que se cumplan mis presentimientos!

—Gracias á Dios, han desaparecido! entremos, y combinemos juntas el medio mejor de descifrar este enigma.

La conversacion que acabamos de referir tuvo lugar una tarde del mes de Mayo de 1864, en un balcon de una casa de la calle de\*\*\*

Describiremos á las que así habieron.

Amparo y Magdalena, como es fácil comprender por lo que antecede, eran dos amigas ligadas estrechamente, y entre las cuales no habia un solo secreto. La primera era una graciosa rubia, de talle esbelto, y de voz

dulce y cariñosa. En sus ojos azules se adivinaba un corazón tierno y sensible, y en toda ella había ese mágico encanto de la simpatía, que todo lo embellece.

Amparo no era una de esas bellezas que cautivan; pero era simpática como ninguna. Tendría entonces diez y ocho años. La segunda era una de esas beldades que solemos encontrar en nuestro camino, y que nos hacen esperar con fé el cielo, de donde parece que han bajado para recibir la adoración de cuantos tienen la dicha, ó desventura, no lo sabemos, de mirarlas. La mano de Dios se había recreado en Magdalena. Su frente blanca contrastaba con las rosas de sus mejillas, y sus brillantes ojos, negros como sus cabellos, ó mas bien como el porvenir del que la amase sin esperanza, tenían una expresión divina, y denunciaban una alma llena de fuego y de animación. Los labios de Magdalena no tenían rival; Luis Ortiz no les consagraba uno de sus espléndidos sonetos, tal vez porque pensaba que merecían un poema destinado á cantar los triunfos de aquel

nido del amor. Era, en una palabra, un ángel.

Amparo y Magdalena estaban la mayor parte del tiempo juntas. Tenían en la sociedad una posición ventajosa, y esta les proporcionaba ocasión de lucir en los bailes, en el teatro y en los paseos. Aunque educadas bajo unos mismos principios, había una diferencia notable en sus caracteres. Magdalena era orgullosa, y había de sofocar los latidos de su corazón al sentirse enamorada de un hombre que no figurase en los primeros círculos de la sociedad; le agradaba eso que llaman en el gran mundo galantería de los salones, porque allí su amor propio se sentía satisfecho. Magdalena era, sin embargo, de índole noble y generosa, y solo á la educación que había recibido podían atribuirse los defectos que hemos ligeramente apuntado; y necesario es advertirlo: á pesar de haber tenido muchos adoradores, aun no había amado con ese amor que decide nuestro porvenir y hace de la vida un cielo, ó la convierte en un mar de dudas y tormentos.

Amparo era una mujer toda alma, toda sentimiento; olvidaba las preocupaciones de su amiga, oía sin cuidado las frases vanas de la lisonja, y comprendía que su corazón necesitaba amar y ser amado; pero no con ese amor que mienten los galanteadores de oficio tan pronto como encuentran una oportunidad, sino con ese amor que se lee en los ojos del sér querido, y que no necesita declararse en un billete perfumado, ni quiere ostentarse en los salones, como la mayor parte de esos amores vulgares que forman la ocupación de muchos *elegantes*, cuyo timbre mayor es que las coquetas les tengan por su último capricho. No, Amparo no era del número de esas mujeres, que hallan en el amor un juguete; Amparo era una de esas almas que por desgracia escasean hoy tanto.

Oigamos, por un momento, el diálogo que siguió al que llevamos referido. No habrán olvidado los lectores, que trataban de buscar un medio para saber quiénes eran aquellos jóvenes que las seguían á todas partes.

—He notado, decía Magdalena á su amiga, que ellos no van ni al teatro, ni á los bailes, y solo frecuentan los paseos y el templo. Seguramente.....

Amparo, no queriendo oír de los lábios de su amiga una sola frase que empequeñeciese al hombre que iba ya despertando los latidos de su pecho, la interrumpió diciendo:

—La pobreza es sagrada, si la dignidad la acompaña. No sabemos nosotras los motivos que tendrán para no concurrir á esos espectáculos; pero el único que podemos señalar, casi con certeza, es el carecer de recursos para verificarlo.

—Si llegara á persuadirme de eso.....

—Magdalena! Magdalena! exclamó Amparo, comprendiendo anticipadamente el pensamiento de aquella; ¿acaso al corazón se le hace ver las conveniencias sociales? Si llegaras á enamorarte, lo olvidarías todo por el hombre á quien amase tu corazón. No puedes imaginarte lo que sufro cuando considero que la educación que has recibido y la sociedad que has frecuentado, te han hecho un

tanto altiva ó orgullosa; porque no has cuidado de examinar la injusticia que encierran casi todas esas máximas egoistas con que nos educan. Perdóname, amiga mia; quiero evitarte muchas penas; no quiero que llegue un día en que tengas que llorar. Hoy no estás impresionada, lo creo; pero no lo olvides, en breve sentirás una pasión que en vano querrás arrancar de tu pecho. Magdalena! ese jóven es sin duda un pobre, y tus preocupaciones sociales le apartarán de tu camino, cuando ese amor que hoy comienza á nacer sin comprenderlo tú misma, sea la necesidad mas imperiosa de tu alma; cuando sueñes un amor que dulcifique y encante las horas de tu vida. El círculo de tus adoradores, Magdalena, lo forma esa juventud superficial y vana, en la que no se encuentra un rasgo solo que revele la grandeza del alma; juventud que si perdiera el barniz del oro.....

—Sí, Amparo, tú no te equivocas, tal es el estado de nuestra juventud; pero en cuanto á lo demás, yo no estoy enamorada; y para

evitar que llegue ese trance, te ruego que no volvamos á ocuparnos de este asunto.

Amparo varió la conversacion.

¿Qué pasaba en el alma de esta última? Tenia fé en las palabras de su amiga? Los acontecimientos que vamos á referir, os darán á conocer todo eso.

Abandonémoslas por algun tiempo, y digamos algo acerca de aquellos dos jóvenes,



quedado solo en el mundo, pues su excelente madre habia muerto á poco que él vió la luz. Con la muerte de su padre quedó reducido á un estado de absoluta pobreza, pues los enemigos de aquel le habian despojado de su mediana fortuna. Encontrándose solo en Guadalajara con algunos parientes que habian roto los lazos que los unian, tambien por opiniones políticas, y sin amigos, como sucede siempre á los que no tienen en esos grandes centros de poblacion recursos para cumplimentar á todos y derrochar en fiestas y paseos; y además, no queriendo vivir en una sociedad en que entonces imperaban los que le habian arruinado y aun privado de su padre, tomó la resolucion de abandonar aquella ancantadora ciudad; y recordando que en esta capital existia un amigo íntimo de su padre, á quien esperaba encontrar lleno de reconocimiento y gratitud por los grandes favores que le habia dispensado aquel, vino Luis á México en busca de mejor fortuna.

Al llegar, dióse á conocer al buen señor

III.

Arturo y Luis.

Arturo y Luis eran dos amigos inseparables, así como lo eran Amparo y Magdalena. Luis, nacido en Guadalajara y crecido allí, habia recibido una educacion, si no del todo esmerada, al ménos bastante para hacerlo digno del aprecio de cuantos le trataban. A su porte agradable reunia una finura exquisita y una amabilidad bien distinta de esa estudiada complacencia bajo la cual ocultan muchos su carácter real y sus instintos. Muerto su padre, á consecuencia de los disgustos que le habian ocasionado los asuntos políticos del país, en que se habia visto envuelto desde su juventud, Luis habia

en quien tenia fundadas sus esperanzas; pero este, aunque es cierto que habia sido antiguo compañero en política del padre de Luis, halagado por el gobierno establecido, con un empleo, habia considerado conveniente variar de ideas, y aun desconocer á todos aquellos que le habian tratado en otro tiempo. El exaltado patriota, dióle, como vulgarmente se dice, con las puertas en la cara. Nada hay mas frecuente que estos rasgos en los hombres que no tienen fijeza en sus principios. Acaso un resto de vergüenza les hace huir de los que pondrian reconvenirles; y á sus defecciones agregan la ingratitude, que es la mas fea de las manchas del corazon humano.

Luis se encontró en medio de una sociedad desconocida, y en donde se necesita, tal vez mas que en ninguna parte, mucho oro para brillar en ella, ó cuando menos relaciones con los poderosos, para abrirse paso. Luis era pobre, muy pobre; ¿quién iba á fijarse en él, en una poblacion tan vasta y en donde imperan el lujo y la grandeza?

Su situacion era desesperada.

Esto pasaba en 1862.

Luis no concurría á diversion alguna. Frequentaba en las mañanas la Alameda, y esto, cuando no era dia de que las bandas de música tocasen allí, y sus calles estuviesen henchidas de gente. Con su trabajo personal logró subsistir, aunque de una manera harto estrecha. Así pasó muchos meses, hasta que á principios de 1864 logró una colocacion en una oficina particular, con un sueldo mediano que le permitia vivir con mas desahogo. Este empleo le proporcionó al mismo tiempo un amigo. El señor á quien servia, tenia un hijo bastante jóven, como Luis, llamado Arturo: de sentimientos nobles como era, muy pronto simpatizó con el primero, y fueron desde entonces compañeros inseparables y amigos leales.

Nosotros, que hemos conocido á Arturo, hallamos en él una alma generosa, de esas que escasean tanto en estos tiempos en que impera el egoismo y la falsedad.

Arturo jamas se deshace en atenciones con aquel á quien no estima verdaderamente; habla poco, y cuando habla, dice lo que su corazon siente. La amistad es para él un verdadero culto, y los acontecimientos que referiremos en el curso de esta leyenda, darán á conocer hasta dónde es grande y bueno. Cuando nos refirió en la Alameda parte de la historia de donde tomamos esta narracion, se pintaba en su semblante el sentimiento mas profundo. Pasados ya algunos años le hemos vuelto á hablar, y nos ha contado el fin de ella. Una satisfaccion dulce y tranquila se traslucia en sus miradas.

Arturo, aunque no pertenecia á la aristocracia de México, pues no poseia una fortuna cuantiosa, gozaba por sus principios y antecedentes la mejor aceptacion en la sociedad, y quiso que su amigo hiciese conocimiento con todos aquellos á quienes él trataba. Luis se negó á contraer relaciones con familia alguna despues de la de su amigo, y vivió mucho tiempo de la manera que hemos visto, acompañado de Arturo en los momen-

tos en que sus atenciones no le llamaban al despacho del padre de éste.

Una mañana del mes de Abril, Arturo y Luis se hallaban en las *cadena*s formando uno de tantos grupos de jóvenes que van á esperar la salida de las hermosas á la puerta de la Catedral.

Hasta entonces, los dos amigos que hacia tiempo frecuentaban en los domingos aquel lugar, no se habian fijado especialmente en ninguna de las que concurrían al templo; pero esta vez llamaron su atencion dos esbeltas y bellas jóvenes, que en verdad eran dignas de ser admiradas. La una, por su extremada hermosura; y la otra, aunque menos bella que la primera, llena de atractivo, por revelar en su semblante una alma nacida para el amor y para todo sentimiento tierno.

Nuestros lectores habrán ya conocido en ellas á Amparo y Magdalena.

—¡Qué criatura tan divina! exclamó Luis al ver á esta última.

—Es encantadora! repuso Arturo.

—¿Cómo no habíamos hasta hoy fijado

nuestra vista en esta beldad? Arturo, la seguiremos á cierta distancia para saber dónde vive. Me ha fascinado.

En el interior de Arturo pasaba algo que no podía explicarse; no había observado que los ojos de Amparo se detuvieron buscando una mirada de los suyos.

Por complacer á su amigo, le siguió sin decir una sola palabra.

Desde entonces, como hemos visto ya, Arturo y Luis frecuentaron la calle de\*\*\* y buscaron por todas partes á Magdalena, que iba de continuo acompañada de Amparo.

magdalena se le contemplaba en su corazón como un ángel, y ella misma se fijaba en la posición social de los individuos, no quería revelar á nadie que su alma, hasta entonces fría á los halagos de la juventud, estaba á un punto desconocido en las altas regiones que ella frecuentaba.

IV

Revelaciones.

En vano quería Magdalena ocultar su decisión por Luis. Amparo, que lo conocía muy bien, notaba que algo extraordinario la conmovía, y que esto no era otra cosa que los albores de una pasión hasta entonces nunca sentida. Las confidencias de ambas habían cesado: las dos se ocultaban mutuamente sus sentimientos, y á pesar del entrañable cariño que se profesaban, temían comunicarse. Preciso es, sin embargo, establecer la gran diferencia que existía en el origen de aquella nueva conducta.

Amparo callaba porque temía perder la